

rincón al que llaman El Verdinal, ni plaza ni plazuela ni placeta y está muy propiamente expresado, como nuestro Arenal, aunque también tiene su Cruz Verde, pues es un nombre bastante corriente hasta en Madrid que es uno de los rincones más pintorescos y menos conocido por pillar un poco a trasmano de las comunicaciones alcazareñas, frente a la Plaza de la Paja, en la calle de Segovia.

En cambio hay nombres a los que dice muy bien la calificación, como en los Miradores de Criptana de Miguel Esteban, nombre precioso, entre otros varios que tiene dicho pueblo.

Ahora que están arreglando otra vez el Arenal y por lo que me dicen no será la última, podían corregir estas faltas o sobras. Creo que nadie ha conocido el Arenal como Estrella, porque luchó toda la vida con sus inconvenientes y dificultades y además, su juicio y su voz eran los de todas las tertulias del recinto y sin embargo se equivocó, como pasa siempre que lo que se hace no está adaptado a su función fundamental y se le quiere dedicar a aquello para lo que no sirve. Este no es un pueblo de avenidas, no estamos en América del Norte, afortunadamente, porque lo que nos llega de allí, como los rascacielos y las películas, maldito la falta que nos hacen. Aquí no hay más avenidas que las del agua cuando dice a caer y desgraciado del que tapa los alboyones. Hay que contar con ello y es mejor que se vea y que pueda correr con desahogo.

La reforma de Estrella se vió con la mayor simpatía y se recibió en el barrio al inaugurarla y en el pueblo entero, con una alegría equiparable a la de un buen día de S. Sebastián, porque era buen tiempo e hizo un sol espléndido. La Música no dejó de tocar en toda la tarde

alegando al gentío enorme que llenaba toda la plaza y las calles de alrededor, reconfortándose en los grandes tinos de zurra que pusieron a la entrada de la glorieta donde el propio Eulogio, Casimiro el Calero, Lázaro Lagos, Los Malagueñas, Luis Sierra, Pirralda y otros muchos incondicionales del Alcalde amigo, obsequiaban, personalmente a cuantos iban llegando.

Fue un día de gran algazara y redondo, seguramente el más completo que haya tenido el barrio, pero el tiempo, gran desfacedor de entuertos, se encargó de demostrar que aquello, como una feria más alcazareña, quedaría en voces y pasaeras, esas pasaeras que son lo permanente y lo fijo después de todos los voceríos.

El Arenal se llamaba así porque lo era, porque en él se acumulaban las arenas que arrastraban las aguas de los cerros circundantes, erosión tan profunda como puede verse aunque lo quieran tapar -y querer no es conseguir- en las lonchas donde se sentaba el molino del aceite de Tizonas hasta dar la vuelta a la calle Machero por delante de las casas de Virgencita y las Repretás, de dos metros de alto, siguiendo por la casa de las Lañadoras y la de la Calabaza y contorneando la fragua de Pinete hasta llegar a la esquina de la calle del Crudo, sin contar las del centro de la calle.

Y en la Cruz Verde, sentada sobre un alterón de más de tres metros, como las casas de enfrente, de Raspilla y de la Moya, o el Altillo a todo lo largo, como en su continuación por la esquina de la Amalia hacia arriba de su acera en toda la calle y hacia abajo por la casa de Diego el Galgo. En todos los contornos del Arenal es patente la erosión sobre un fondo de rocas sedimentarias, razón única pero irre-